

AGENDA CIUDADANA

MESIANISMO

Lorenzo Meyer

La Agenda que Viene del Norte.- No ha mucho que se puso en el tapete de la discusión el peligro que significa la aparición del discurso mesiánico en la escena política nacional, pues por definición simplifica en extremo el diagnóstico de la época y la naturaleza de los problemas; finalmente, al confrontarse con la realidad, terminan por ser rosarios de falsas promesas. Ahora bien, el peligro del fenómeno señalado aumenta de manera exponencial cuando éste ocurre en el contexto del proyecto internacional del país más poderoso del mundo. El discurso que pronunció George W. Bush el 20 de enero en las escaleras del Capitolio de Washington D. C., en la ceremonia de inauguración de su segundo período presidencial, es una pieza oratoria que no puede evitar ser calificada de mesiánica, con todo lo que ello implica para el resto del mundo.

Antes de seguir adelante, conviene aclarar de entrada que se entiende por mesiánico en el contexto político. Se trata de un líder y un mensaje que dice tener una misión que no es mera rutina sino que su esencia es de importancia histórica, es decir, que propósito de su acción es dejar una huella indeleble en el curso de los acontecimientos humanos. Ahora bien, un requisito para poder dejar tal marca, es el abandono de las dudas y medias tintas para enfrentar a la insatisfactoria realidad con el espíritu de un cruzado, es decir, con la agresividad del convencido de que se tiene la razón y que de su lado está Dios o una fuerza similar. No hay, pues, exageración si se afirma que ese es justamente el espíritu que domina hoy en la Casa Blanca como resultado de su victoria, de la victoria del proyecto neoconservador en las urnas, sobre

el de John Kerry, un líder con una visión más compleja y menos grandiosa del papel que debe jugar Estados Unidos como superpotencia sin rival.

La Justificación del Poder.- El dominio, el imperio, siempre ha tenido su asiento más sólido y su razón última de ser, en la fuerza. Sin embargo, por sí misma, la fuerza nunca ha sido suficiente para sostener en el largo plazo el dominio de los pocos sobre los muchos. Un señorío exitoso requiere, también, de una justificación intelectual, de una razón moral que legitime la imposición de la voluntad de unos hombres y naciones, sobre otros. Y lo que caracteriza el documento leído por el presidente de Estados Unidos en el momento de iniciar la renovación de su mandato, es la justificación de la invasión de Irak no sólo por convenir así al interés de Estados Unidos sino como resultado de una misión trascendente: la expansión de la libertad a una escala nunca antes intentada.

Desde el otro extremo del espectro de la distribución del poder mundial, donde se encuentran México, América Latina y una buena parte del mundo sin poder, es importante descifrar cual es el significado real del mensaje que llega del norte.

El discurso es sólo un indicador, y no necesariamente el más adecuado, para entender y prever consecuencias de las políticas externas que elaborará un país poderoso. Sin embargo, en la coyuntura actual, cuando el gobierno norteamericano esta dominado por un grupo particularmente obsesionado por las ideas y los intereses de una derecha agresiva e impregnada de un sentido religioso de misión, el estudio de su mensaje puede ser un ejercicio interesante y práctico. Desde nuestra perspectiva e interés nacional, se puede o no estar de acuerdo con el proyecto elaborado en las altas esferas de Washington, pero en ningún caso se puede ignorarlo ni aceptarlo en sus propios términos, so pena de pagar un precio mayor al necesario.

La Idea Clave.- La pieza oratoria con que se inauguró el segundo período de George W. Bush fue relativamente breve –21 minutos— pero no tiene desperdicio. El compromiso que ahí estableció el presidente es inequívoco y, tomado al pie de la letra, monumental. Su conclusión es, simplemente, grandiosa: “En este siglo que aún es joven –afirmó el mandatario--, América [es decir, Estados Unidos] proclama en todo el mundo la libertad y, por tanto, la de todos sus habitantes. Hemos sido puestos a prueba pero no estamos fatigados, y renovados en nuestra fortaleza, estamos listos para [emprender] los más grande logros en la historia de la libertad”. Para conseguir este propósito Bush aseguró: “...la política de Estados Unidos va a ser la de apoyar hasta lograr el desarrollo de los movimientos y las instituciones democráticas en cada nación y en cada cultura, su objetivo último es poner fin a la tiranía en nuestro mundo”. Frente a tamaño desafío, palidecen los esfuerzos encabezados por Woodrow Wilson o Franklin D. Roosevelt en la primera mitad del siglo pasado, y quedan reducidos a meras anécdotas.

La historia universal del poder bien puede ser escrita como una larga sucesión de tiranías, no siempre en el mismo lugar ni de la misma naturaleza, pero en ningún período del proceso histórico faltan evidencias de la existencia de lo que se consideró, en los propios estándares de cada época, una forma tiránica de ejercer el poder. Desde esta perspectiva, lo que George W. Bush se propone es una tarea jamás intentada por nadie en la escala que acaba de asegurar un personaje que, en su juventud, fuera un estudiante sin brillo y más tarde un hombre de negocios sin éxitos reales, gobernador de Texas más por razones familiares que por propias y que apenas cuatro años ganó la presidencia en unas elección muy cuestionadas y donde no logró

la mayoría del voto popular. Sin embargo, debido a la forma como ese personaje manejó lo inesperado --el atentado del 11 de diciembre del 2001 en Nueva York y Washington, D.C.--, se transformó a ojos de poco más de la mitad de sus compatriotas de un político anodino en un estadista de muy altos vuelos. Ahora bien, examinando con cuidado la letra del documento inaugural, se descubre que, finalmente, el meollo de la magna propuesta esta en las definiciones que quien maneja el gobierno de la única superpotencia, quiera adoptar. En efecto, el presidente norteamericano aseguró: “América [es decir, Estados Unidos] no impondrá su propio estilo de gobierno sobre aquellos que no lo deseen. Nuestro objetivo es ayudar a otros a encontrar su propia voz, a lograr su propia libertad, a trazar su propio camino”. De esta manera, y al final de cuentas, lo que a los ojos de algunos pudiera aparecer como una de las muchas formas que hoy asume la antidemocracia, el gobierno de George W. Bush lo puede calificar, si así le conviene, como “la propia voz” o “su propio camino” y, por definición, declarar que ahí no hay ningún entuerto que resolver, que todo esta en orden. Obviamente, y por la misma razón, también puede acontecer lo contrario: que un sistema de gobierno sea visto como aceptable por el grueso de sus ciudadanos pero no por Washington, y que entonces sea caracterizado como una fuerza que ahoga la genuina voz del pueblo, que le impide buscar su “propio camino” y que, por tanto, puede y debe ser objeto legítimo de presiones o de acción directa.

La Razón.- ¿Con qué derecho o razón, además de la fuerza, el gobierno norteamericano se asigna a sí mismo la tarea de Hércules de hacer del mundo un sitio libre de tiranías y donde impere la libertad según su propia definición? La cuestión tiene una doble respuesta. Por un lado, y según el presidente Bush, porque esta en la esencia misma de Estados Unidos el luchar por la libertad, pues “[a] través de las

generaciones, hemos proclamado el imperativo de la autodeterminación, ya que nadie fue designado para ser amo ni nadie merece ser esclavo”. Sin embargo, al lado de esta búsqueda del ideal, hay algo muy práctico: “En tanto algunas regiones del mundo estén envueltas por la tiranía y el resentimiento –lo que las hace presas de ideologías que alimentan el odio y justifican el asesinato— la violencia... será una amenaza mortal”. Desde esta última perspectiva, eliminar la tiranía y fomentar la libertad le dará a Estados Unidos un entorno seguro, dominado por la decencia y la tolerancia.

La Hora del Juicio para los Tiranos.- En el contexto del discurso que busca ser la inauguración del siglo neoconservador norteamericano, queda claro que la invasión de Irak se justifica finalmente por un hecho objetivo: la innegable naturaleza tiránica del régimen depuesto y no, como se anunció originalmente, porque ese país poseyera armas de destrucción masiva listas para ser lanzadas en “45 minutos”, según la famosa afirmación de Tony Blair, el fiel aliado británico del presidente Bush.

En la agenda actual del mandatario norteamericano y los suyos –el núcleo duro que ocupa la vicepresidencia, el Pentágono y el Departamento de Estado--, las tiranías que deben de ser objeto de presión y, llegado el momento, de acción directa son, principalmente, las que dominan a Irán y a Corea del Norte, pero también están Birmania o Cuba, Zimbabwe o Bielorrusia y, en un descuido, la “Revolución Bolivariana” de la Venezuela petrolera. Dada la magnitud de los problemas encontrados en la ocupación y reconstrucción de Irak, una mente fría podría suponer que Estados Unidos no está hoy en condiciones de emprender una nueva acción violenta en otra parte, pero resulta que el deseo de la Casa Blanca por remodelar el Medio Oriente –la gran fuente de petróleo-- es de tal magnitud, que a menos de una capitulación abierta de los ayatolas de Irán en los términos a línea de como lo acaba

de hacer el gobierno de Kadafi en Libia, más temprano que tarde se podrían ver envueltos en una confrontación armada directa o encubierta con Estados Unidos (véase al respecto el artículo de Seymour Hersh, aparecido en *The New Yorker* y traducido por El País, 23 y 24 de enero).

Estados Unidos puede insistir en una política de confrontación con el adversario designado –Irán, por ejemplo-- pero difícilmente podrá mantener la coherencia de su actual discurso. En efecto, bajo cualquier definición, resulta que si el enemigo global es la tiranía, entonces se deberá buscar poner fin no a un puñado de regímenes sino, al menos, a ¡cuarenta y nueve! Y es que si tomamos la última clasificación elaborada por Freedom House (FH), resulta que en el 2004 el 35% de la humanidad vive encuadrada en sistemas donde no existe la libertad política. Si además, se añaden los 55 países definidos por FH como parcialmente libres, entonces la tarea que se acaba de imponer Washington significa dedicarse a modificar las condiciones políticas del 56% de la humanidad. Desde esta perspectiva, Washington debe presionar o actuar directamente sobre el 60% de los países con mayorías musulmanas –incluidos aliados como Arabia Saudita, Brunei, así como Pakistán o Qatar--, pero también deberá proceder igual con China y ser muy duro lo mismo con Rusia, Bangladesh, Laos o Costa de Marfil (véase www.freedomhouse.org).

Escepticismo.- Fuera de Estados Unidos, la ambiciosa agenda internacional delineada por George W. Bush, ha sido recibida con escepticismo. Hasta hoy, la historia de la política exterior de Estados Unidos demuestra que si bien sus relaciones con las democracias han sido relativamente armónicas, también demuestra que cuando le ha convenido a sus intereses, ha mantenido estupendas relaciones con sistemas no democráticos. Y no necesitamos ir muy lejos para demostrar esto último,

basta para comprobarlo proceder a examinar la relación muy funcional y armónica entre Washington y el régimen autoritario mexicano del siglo XX, desde el final del gobierno de Coolidge hasta el final del monopolio político del PRI, en el 2000.